



REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En el taller de encuadernaciones, calle de San Félix, número 2, en el almacén de papel de La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bedera, Sanz, Francés, Osés y Menéndez.—HUESCA: Librería de don Jacobo María Pérez.—TERUEL: Administracion de *El Turolense*.—MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.

—Se insertan anuncios á precios convencionales.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 "	18 "	32 "

Números sueltos, veinte céntimos de peseta.
Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá al Director de la REVISTA DE ARAGON, D. Mariano de Cavia, Pinar, 2, 2.º.—Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la librería de Osés, D. Jaime I, 42, frente al restaurant de Fortis.
—No se devuelve ningun manuscrito.

SUMARIO.

- I.—*Crónica Aragonesa*, por D. Mariano de Cavia.
- II.—*El Misticismo Aleman en el Renacimiento*.—*Jacobo Böhme*, por D. Severino Alderete.
- III.—*Dice lo que sabe, y no sabe lo que áice*, por D. Joaquin Maria de Moner.
- IV.—*Un diplomático en Tong-tchu-fu*, por Méry.—Traducción libre del francés.
- V.—*La Reina Loca* (poesía), por D. Márcos Zapata.
- VI.—*Libros recibidos en esta redaccion*.
- VII.—*Espéctáculos, miscelánea y anuncios*, en la cubierta.

CRÓNICA ARAGONESA.

A la voz popular le sucede lo que nos cuenta el ária famosa de D. Basilio: que empieza por ser una *avretta assai gentile* y acaba por convertirse en borrasca que estalla *come un colpo di canone*. De un caso aislado, de un vago rumorcillo toma pié y fundamento la pública opinion para una série de juicios y aserciones que le conducen á extremos deplorables. *Vox populi vox Dei*, dice un adagio, que, como tantos otros sirve para justificar más de cuatro desafueros y sinrazones.

Así ha ocurrido en Zaragoza durante los pasados dias. Un hecho aislado que sumió á una familia en dolorosa inquietud, y un rumor, partido de no sé donde y acrecentado por momentos, llevaron la alarma y la zozobra al cariñoso espíritu de los padres de familia. Leyendas horripilantes donde se dibujaba la figura siniestra de los vampiros, consejas lúgubres que recordaban la Esmeralda de Victor Hugo y el Manrique de García Gutierrez, niñas misteriosamente desaparecidas, niños entregados á la impía mano de infame especulacion, inicuos perseguidores de la infancia que iban de aquí para allá sembrando el duelo en los paternales corazones... ¡qué sé yó!... cuanto puede servir de asunto tétrico á las rancias historias de Ana Radcliffe ha ocupado estos dias á nuestros paisanos, cuyas dotes de impresionabilidad de fiyo habrán parecido excesivas é inconvenientes al infeliz sujeto que en medio de la calle fué acusado por las gentes de ser uno de los *ladrones de niños* que recorren nuestra ciudad. Por añadidura, este víctima de la suspicacia popular era un francés. ¿Qué ideas acerca de la fraternidad

universal y de nuestra hospitalaria condicion le ocurririan cuando los agentes de la autoridad le encerraban en la cárcel por librarle de las injustas iras de sus acusadores?

La prensa zaragozana—ignoro si con toda espontaneidad—ha desmentido enérgicamente esos espeluznantes rumores, ha negado los robos de niñas y las inhumanas mutilaciones que se referian, ha despertado, en fin, la tranquilidad en el seno doméstico.

* * *

Fuera de ese sombrío asunto, ningun otro aparece muy de relieve por estos barrios. Los teatros ocupan, con las variados espectáculos que ofrecen, la atencion de nuestra sociedad. Ni el Principal ni el de Pignatelli pueden quejarse del desvío del público: en ninguno de los dos dá muestras la bestia feroz, como decia el autor de *La Verdad Sospechosa*, de la airada é intransigente condicion que la fama le atribuye. O valen mucho, muchísimo los artistas que en esos teatros trabajan, ó mucho, muchísimo se ha endulzado la habitual aspereza de este público, tan temido ántes por *le monde de la rampe*,—digámoslo en francés para menor elegancia.—Sea de ello lo que quiera—y preferible es la blandura á la rigidez y la dureza—es el caso que los aplausos y las entradas menudean que es un consuelo en ambos templos del arte. Nadie negará que el culto es provechoso; sobre todo para los artistas y los empresarios.

En el Gran Teatro de Pignatelli se ha estrenado una zarzuela del maestro Fernandez Caballero: *Las dos Princesas*. Su música es fácil, ligera y agradable en extremo; su argumento, de frívola contextura, pero cómicamente ideado; su interpretacion, muy esmerada; sus trajes, de buen gusto y bello efecto. El autor fué llamado á la escena varias veces á compás de ese ruido que en los oidos de músicos y poetas suena mejor que los ritmos de sus melodías ó las rimas de sus composiciones. Cuando esta zarzuela se estrenó en Madrid, dijose que siendo un arreglo de la opereta de Johann Strauss, titulada *La Tzigane*, el maestro español se habia inspirado tambien en las frescas y juguetonas ideas del compositor vienés. Ignoro hasta qué punto puedan ser fundadas estas murmuracioncillas; sólo sé que en la música de *Las dos Prin-*

cesas he hallado, sin disfraz ni extraños aditamentos, el sello de fábrica—por decirlo así—que en sus composiciones imprime el aplaudido maestro murciano. Si acaso se ha asimilado ideas ajenas, lo ha hecho con mucho talento y gran soltura; y esto ¿no es un mérito más?

—¿Qué te parece del maestro Fernandez Caballero? pregunta un abonado á otro que no lo es.

—Que es un gran maestro; para negarlo se necesita...

—¿Estar sordo?

—No, estar ciego.

Yo no puedo oír cualquiera de los ligeros y lindísimos trozos de su música sin acordarme de un refran: *el estilo es el hombre*. ¿Qué paridad ni relación puede haber entre el estilo de ese hombre y un hombre por ese estilo? Él, que más bien que un músico parece una masa coral, y de las más compactas, no debiera escribir sino composiciones formidables, gigantescos poemas sinfónicos, tetralogías wagnerianas con instrumentación de cañones Armstrong... obras, en fin, colosales é inmensas. Entónces si que el estilo sería el hombre.

* *

Una noticia circula por ahí que ha despertado gratos recuerdos y deleitosas esperanzas en muchos de los *dillettanti* zaragozanos.

¿Cuál de ellos ha olvidado á Natividad Martínez? ¿Quién dejó de oír la cantar aquel inolvidable *Inflamatus* del *Stabat Mater* de Rossini en el artístico palacio de la calle de San Jorge? Nadie quizás.

Las notabilísimas aptitudes de aquella jóven, de airosa presencia y gran sentimiento, marcábanle evidentemente su vocación artística. Batalló algún tiempo nuestra paisana con su destino, pero éste que tiene fuerza inconstable—según Sófocles y el duque de Rivas—la llevó, por fin, á la escena lírica, haciendo al arte un valioso donativo.

En el pasado invierno y en la ciudad de Milán ha cantado *El Trovador* con éxito muy satisfactorio. El público más severo, y á buen seguro el más inteligente de Italia ha confirmado con sus aplausos sinceros la justicia de los que hace algunos años tributaban á la brillante aficionada los asistentes á las veladas musicales del Casino Monárquico-Liberal (q. e. p. d.)

Natividad Martínez forma ahora, como *prima donna assoluta*, parte de una compañía de ópera que vá á recorrer varios teatros, empezando por el de Pamplona en las célebres fiestas de San Fermin.

Dícese—y esta es la noticia á que aludía anteriormente—que acaso oigamos á nuestra paisana dentro de muy poco tiempo en el teatro del Coso. Mucho se congratularian de ello los amigos de la señorita Martínez... y los que no tenemos el placer de serlo, y *aínda mais*, cuando en compañía de esta artista novel figuran cantantes tan conocidos y reputados como Enriqueta De-Baillou, la feliz intérprete de *Lucia* y *Sonnámbula*, y Enrique Tamberlick, el veterano insigne que se ha propuesto sin duda morir al pié del cañón.

Todo lo cual sería, como si digéramos, *míel sobre hojuelas*.

* *

Los dos cuadros de Pradilla son ahora objeto de la atención inteligente y comentarios entusiastas de cuantos aficionados los han visto. Cuando se expongan en el soberbio salón de la Casa-Lonja entrambos lienzos, aquello será un verdadero jubileo, como suele decirse: el jubileo de la pintura aragonesa.

El otro día fué á verlos un amigo mío, y como es natural, le pregunté:

—¿Qué le han parecido á usted los reyes de Pradilla?

—Me he vuelto al verlos monárquico furibundo.

Adviértase que mi amigo es un demócrata de los que no tienen vuelta de hoja.

MARIANO DE CÁVIA.

EL MISTICISMO ALEMÁN EN EL RENACIMIENTO.

JACOBO BOHEME.

En medio de la lucha gigantesca que se anuncia en la historia de la filosofía ya en los albores del siglo décimosexto, dos hechos trascendentales y capitalísimos son dignos de tener en cuenta; uno, el adelanto y desenvolvimiento científico en los métodos y enseñanzas; otro, la relación y estrecho maridaje que guardan los diversos sistemas filosóficos que van apareciendo en este período en la historia de la filosofía, que trae al mundo científico tantos y tan diversos elementos de grandeza. ¿Pero, se pregunta, en esta época existen la totalidad de elementos que nos señalan los historiadores para fijar el paso de una edad á otra, de un período á otro período? Desde luego podemos contestar afirmativamente. Hay indudablemente una verdadera transición, una mudanza que justifica y caracteriza este singular período de la historia toda; en la esfera política, la constitución de las nacionalidades, aspirando á la unidad, trae consigo un cambio radical en el estado social: en la esfera científica, el estudio ya no queda siendo patrimonio de todas aquellas aristocracias, la ciencia tiene más auditorio, más adeptos y es á la par camino para ejercer una determinada influencia política: en la esfera religiosa, con la reforma luterana, que es el hecho de más importancia que en el siglo xvi se verifica, desaparece aquella fé pasiva, aquel fanatismo, y como consecuencia de esto el pensamiento filosófico del siglo xvi se emancipa del rigor escolástico á que estaba subyugado, separándose la ciencia de la teología dogmática. Pero el carácter más principal de este período y por lo que más se distingue es la fascinación y entusiasmo que ejercen en todos los pensadores y eruditos, en todas las escuelas, los escritores clásicos; fíjanse todas las miradas en la antigüedad; la belleza greco-latina inspira á los artistas á la manera que Platon y Aristóteles son las dos palancas que sostienen el movimiento filosófico del Renacimiento. Es verdad que los filósofos de esta época nada nuevo añadieron á lo recibido de la antigüedad, pero en cambio no se les puede negar que ellos echaron los cimientos á las escuelas que más tarde buscan con creciente anhelo la identidad científica.

Es esta época de oposición constante, de verdadera lucha, en donde el choque de las ideas produce devoradora fiebre en las inteligencias, y en donde además antiguas formas y conceptos de la ciencia son refundidos en otros nuevos, siguiendo la ley progresiva de la humanidad. De aquí los juicios tan encontrados

que se han formulado acerca del Renacimiento. Para unos mató la filosofía escolástica; para otros era necesaria aquella reforma predicada por Luis Vives para sacar á la ciencia de la abyección en que se hallaba.

El insigne pensador, cuyas doctrinas vamos á examinar, justifica claramente la elevada misión que desempeñan en la historia de la filosofía los filósofos que aparecen en el siglo XVI en Alemania, conocidos con el apelativo de místicos panteístas, entre los que se destaca en primera línea el notable filósofo teutónico Jacobo Böheme.

Nació en Seindembourg cerca de la ciudad de Górlitz, en la alta Lusacia, de tan pobres ascendientes que, abandonado y sin instrucción alguna se dedicó en sus primeros años á la guarda de rebaños, pero dotado de gran imaginación y claro entendimiento, marchó á Górlitz, donde aprendió el oficio de zapatero. Habíase en el entretanto dedicado al estudio y meditación de los Sagrados Libros, llevado del secreto impulso y extraordinario amor que hacía el estudio sentía; escitando de tal manera su imaginación los libros del pastor Sajon Weigel, que se creyó inspirado de la divina gracia, según él mismo refiere. A la edad de diez años dice que recibió la primera inspiración, á la de veinticinco la segunda y á la de treinta y cinco la tercera y última visión.

Se ha dicho por algunos, engañados de vagas frases suyas, que sólo conoció la Biblia, pero el más ligero análisis de sus libros hace ver que no sólo consultó á Weigel y Paracelso sino que conocía perfectamente los escritos de Wagenseil, teniendo también muchas é íntimas relaciones con sábios y viajeros que hubieron de imponerle en las doctrinas herméticas.

Sus éxtasis no eran á la manera de los de Santa Teresa y otros místicos de España, pudiéndose considerar más como falsas intuiciones intelectuales, que raptos de sentimentalismo, pues en la más principal de sus visiones él dice que veía las esencias en las cosas; tal había sido la claridad que sobre su entendimiento había derramado.

Desde 1479, en que nació, hasta 1624, época de su muerte, su vida es un verdadero prodigio, pasándola desde el año 1600, á más de trabajando en su oficio, dedicado á escribir, predicar y sostener controversias de alta importancia. Si bien admirado de sus compatriotas y muy querido de los sectarios, fué algunas veces perseguido por los pastores protestantes, que no veían con gusto el nacimiento de aquella nueva secta, y que siempre se opusieron al libre desenvolvimiento filosófico.

El principal entre sus libros es el que titula *Descripción de los verdaderos principios de la ciencia divina*. Sus ideas, como dice Fouillet y como se vé al examinarlas someramente, son las precursoras y bien pudiera decirse las fundadoras de la filosofía alemana de nuestros días; así que el objeto que continuamente persigue es obtener la ciencia absoluta.

En cuanto al método y carácter literario de sus obras podemos asegurar que el primero es casi nulo, si bien algunas veces se observa cierta tendencia á la unidad y, descartadas las envolturas místicas de que rodea sus doctrinas, descúbrese un profundo sistema metafísico, que tiene por base un panteísmo objetivo. Relativamente á la forma de exposición, se muestra duro en la frase, aunque no pocas son las bellezas que, diseminadas en desórden, se pueden señalar. Gusta mucho de las frases apocalípticas, que le conducen á declamaciones llenas de fanático entusiasmo, con las cuales arrebatára á sus contemporáneos. No es empero el lenguaje de este místico, ni tampoco sus doctrinas, en algo semejantes á los de Fr. Luis de Granada y ménos á los de Sta. Teresa y Apóstol de Andalucía. Seméjase algun tanto á Hegel en sus

Lecciones sobre la Filosofía religiosa, á pesar de ser éste, como es natural, atendidas las circunstancias de educación y tiempo, más delicado en la expresión y ménos exagerado en los afectos.

Y, entrando en el exámen del sistema filosófico de Böheme, empezaremos exponiendo y estudiando cuál era el modo que, según él, existía para llegar á la verdad. Decía que no hay método ni camino que pueda guiarnos. La ciencia es el producto inmediato de la actividad en el espíritu; no hay grados ni enseñanzas que nos ayuden, antes bien el espíritu sin necesidad de esfuerzo comprende la esencia, el corazón de todas las cosas; no por una inclinación ni evolución del espíritu, sino por una especie de inundación divina, que recibe el pensamiento cuando abstraído de todas las condiciones finitas busca la verdad absoluta. De aquí nace que la verdad es sentida, vista y amada por un solo procedimiento, pues no siendo toda verdad sino en cuanto está en Dios, y estando Este y por consiguiente la verdad, infinitamente distante, el entendimiento por sí no tiene aliento para llegar hasta ella y necesita que venga y lo inunde, lo revista de su forma, para que aquel la posea.

En el método, como se vé, diferénciase de las escuelas alemanas posteriores, aun cuando no así tanto en los principios, viniendo á concluir con ellas, que no siendo la verdad mera fantasma del sér, sino el mismo sér en su propia esencialidad, la distinción que solía hacerse entre el sér ideal y real es destituida de fundamento, siendo real todo lo ideal y vice versa, semejándose no poco esta conclusión á la otra de Hegel de que «todo lo real es racional y todo lo racional es real.» (*Lógica*.)

Dios, escribe el zapatero filósofo, es á la vez principio, sustancia y causa sin dejar de ser fin, de todas las cosas. Al crear el mundo, por consiguiente, no ha hecho otra cosa que engendrarse á sí mismo, desenvolver su actividad: como se nota, copia exacta es esta de la creación de Weigel y muy parecida idea á la tesis, antítesis y síntesis de Hegel; que los eslabones, que constituyen la gran cadena del desenvolvimiento filosófico, no ofrecen en la historia soluciones de continuidad. Por lo antes expuesto, según Böheme, á Dios hay que estudiarlo en las profundidades de su esencia y en su exteriorización en el mundo creado; en sí y fuera de sí, que se ha dicho modernamente.

Dios, que desde luego era perfección, no podía ser tal sin haber desenvuelto todas las realidades, que potencialmente se hallaban en El: la nada y el sér, el bien y el mal y todas las contradicciones y antinomias, por ende, en El se confunden; es todo á un tiempo que es nada; lo primero en cuanto es origen de todos los séres; lo segundo por cuanto carece de vida, forma, cualidad, de todo aquello que puede hacerlo real á nuestros ojos. (*De signatura rerum*.)

Se hace notar en este filósofo, como en casi todos los germánicos antiguos y modernos, la circunstancia de valerse de la Trinidad platónica para explicar, no sólo el desenvolvimiento absoluto del ser, sino el mismo desenvolvimiento humano. Persiguiendo esta idea, afirma en su *Descripción de los tres principios*, que el Padre es el ser indeterminado, sin personalidad, sin principio ni fin, donde virtualmente se contiene la universalidad de los opuestos. Parécese al yo en toda su indeterminación posible de Fichte.

SEVERINO ALDERETE.

(Se concluirá.)

DICE LO QUE SABE, Y NO SABE LO QUE DICE.

Los viceversas, razones inversas, retruécanos, etc., hacen el papel de Jano, de quien decía la antigüedad que tenía dos caras, según unos, cuatro según otros, como indicante del completo conocimiento que tenía de lo pasado y habilidad de presentir lo futuro, que tenía una llave y varita, símbolo de la invención de las cerraduras aquella, y de la buena dirección dada á los caminos y caminantes esta; divinidad que era adorada en Roma en un templo cuyas puertas se cerraban en tiempo de paz y se abrían en época de guerra. El que vá á ocuparnos tiene todos estos caracteres, ó sea dos caras, cuatro caras; noticia de lo pasado y conocimiento del porvenir, las dos; un cerramiento y una dirección, un viaje y un camino. Hélos aquí:

Tiene dos caras el hipócrita porque sabe lo que dice y no dice lo que sabe, y también otras dos caras, porque no dice lo que siente, ni siente lo que dice.

Tiene dos caras el farsante, porque hace lo que sabe y no sabe lo que hace, y también cuatro, porque ni siente lo que dice, ni dice lo que siente.

Tiene dos caras el taimado porque sabe lo que aconseja y aconseja lo que no sabe, y otras dos caras porque no siente lo que dice, ni dice lo que siente.

Tiene dos caras el criminal porque obra como sabe y no sabe lo que obra, y dos caras más porque aconseja lo que sabe y no sabe lo que aconseja.

Tiene dos caras el supersticioso ó fanático, porque cree lo que dice y no dice lo que cree, y dos más porque sabe lo que obra y no obra lo que sabe.

A la vez el traidor tiene el corazón cerrado al amor de sus semejantes, al santo amor de la patria, de la que no sabe lo que dice, pero dice lo que sabe, ó un camino que es para ir y no para volver y al contrario, ó bien obrando lo que no sabe y sabiendo lo que obra.

El mal intencionado tiene doble intención, diciendo lo que siente y sintiendo lo que no sabe, abriendo la puerta á las malas inclinaciones y cerrándola á las buenas.

El perverso se halla en la misma situación, y al obrar no sabe lo que hace y hace lo que sabe, cerrando su puerta al bien y abriéndola al mal.

Igualmente el egoísta abre las puertas de su corazón donde está el ídolo y templo de sus deseos y las cierra al corazón y deseos de los demás, creando un antagonismo de lo interior con lo exterior, y una conciliación ó concentración consigo mismo de que resulta que se da todo á sí abriendo, y nada á los otros cerrando, y sabe lo que dice y no dice lo que sabe.

El político de sistema, de partido y de bandería, al escogitar y emplear todos los medios más reprobados, al hacerse injusto, cruel, etc., no siente, no obra lo que sabe, y sabe y siente lo que obra.

Todo hombre apasionado dice lo que siente, pero no siente lo que dice, y si dice lo que sabe no sabe lo que dice.

Los ébrios, iracundos, envidiosos, maliciosos, perezosos, etc., dicen lo que saben, pero no saben lo que dicen, sienten lo que dicen, pero no dicen lo que sienten.

Los viceversas indicados, pues, son de distintas especies: así que los hay morales, sociales y políticos que son los expresados, y también filosóficos y literarios, exigidos por los cambios y metamorfosis, no siendo la naturaleza saltuaria; filosóficamente, los primeros son conciencia de lo que se dice y dictado de que no se tiene conciencia, ó sea la diferencia tangible del orden empírico y racional; y los segundos son elegancia, adorno, agrado, artificio casualmente empleado que se dice y no se sabe, se sabe y no se dice.

De aquí las casualidades felices, las improvisaciones sorprendentes, ó la diversidad de los talentos, ingenios y genios, el mayor ó menor gusto científico y literario. De aquí que todo gusto literario se ostenta en la mayor ó menor proximidad de lo que se sabe y se dice, se dice y se sabe; proximidad que no siendo inmediata, admite la existencia de una cosa que se sabe y se dice, y se dice y no se sabe. De aquí que el hombre en tanto se crea más probo ó moral, más científico, más literato, cuando no tiene solución de continuidad entre lo que dice y sabe, sabe y dice.

Lo que se sabe y se dice, se dice y se sabe es la síntesis de las ciencias todas. El matemático con sus problemas y sus estudios, con estos sabe lo que dice, y con aquellos dice lo que sabe; el filósofo coordinando las ideas, objetos, conocimientos á favor de este consorcio establece el mismo paralelismo, como el teólogo, el moralista, jurista, médico, etc.

Igualmente es la indicación de la resolución de todas las cuestiones, de las conversiones, oposiciones, clasificaciones, divisiones y unificaciones, liquidaciones, ecuaciones, etc., porque es la crítica el compendio de todas las ciencias, que como es sabido es el código del saber humano. Esta crítica establece por tanto que lo que se sabe y se dice, y se dice y no se sabe, consiste en la falta de la exactitud, legitimidad, fidelidad de los juicios, ó conocimiento de las verdades por la carencia de comprobación, por la cual lo que se siente y se dice, se dice y no se siente, es debido á la infidelidad, la ilegitimidad, ignorancia y error de todas las verdades.

Ella es en relación con la moral religiosa y social, la informalidad, y con la inconsecuencia, la hipocresía, género de farsas, en cuyas y cada una se dice lo que se sabe y no se sabe lo que se dice, se dice lo que se afecta sentir, y no se siente lo que se dice, se obra al parecer como se dice, y se dice de otra manera que se obra.

Ella es en teología el exponente de los cismas, de las herejías y de la heterodoxia toda; aplicándosele el apotegma *aliud dicunt aliud faciunt* es el réprobo sentir, ó el atravesado sentir que hace decir lo que se sabe, y no saber lo que se dice, por no sentir lo que se dice, aunque se diga lo que se siente.

La misma fórmula es la explicación de todas las faltas, delitos y crímenes, la materia del derecho penal, porque cuando falta uno, cuando, según dice San Agustín, el temor de hacer el bien engendra la pereza, y éste, desarrollando la malicia, incurre en cualquiera trasgresión, dice lo que siente y no siente lo que dice, sabe lo que dice y no dice lo que sabe, dice como obra y no obra como dice.

No menos lo es de la patología y demás casos de la ciencia de curar, porque toda enfermedad hace decir al paciente lo que sabe, sin saber lo que dice, y en los que toda medicación obra haciendo decir lo que siente, sin sentir como se dice.

Lo es también de la fisiología y de la biología misma, porque las funciones hacen decir al hombre lo que sabe, pero sin saber lo que dice, le hacen decir lo que siente, sin sentir lo que dice, en fuerza de lo recóndito, de lo misterioso, de lo enérgico de la vida.

Mas no se crea que sólo lo malo, lo erróneo, lo oscuro, significa nuestro adagio. El es la encarnación de las distinciones, diversidades, desemejanzas y diferencias. Traducción en este concepto del *alias quidem sic, alias vero sic* de San Pablo Cor. cap. 7 señala la variedad de familias, de linajes y prosapias, de clases y órdenes sociales, de pueblos, comarcas, naciones y países, ocupaciones, trabajos, estudios, etc. Así que estudiados ó comparados estos puntos de vista, mientras unos dicen lo que saben, otros no saben lo que dicen, en tanto que unos dicen lo que

sienten, otros no sienten lo que dicen, al paso que unos saben lo que hacen, otros no hacen lo que desean, resultando categorías, títulos, preeminencias, prerogativas, ó sólo temperamentos é idiosincrasias.

De otro modo es explicacion de todas las fuerzas y agentes naturales, de unas que atraen y otras que repelen, de unos que aproximan, que concentran, de otras que dilatan, verificándose con todo los vice-versas que hemos repetido.

Y por último, en las fórmulas que nos sirven de epígrafe encontramos la expresion de todas las especies de interpretacion de que se ocupa la hermeneutica, la de los opuestos sentidos, la de los contrarios pareceres, la de las sentencias diversas, la variedad de las razones, la de las voluntades contrarias, etc., y de las semejanzas y analogías totales, parciales, completas, incompletas, perfectas y limitadas, etc., porque señalan la comprension y extension ó intension de los conceptos, la objetividad y subjetividad de los seres, su union, su solucion, su continuidad y su discontinuidad, etc.

¿Qué es nuestra vida, nuestro ser, nuestra personalidad, nuestros actos, nuestro cuerpo y nuestra alma, nuestra familia y nuestra sociedad? ¿No están acaso indicadas, relacionadas ó referidas cada una de estas cosas por la frase repetida? Creemos que sí, so pena de ser excépticos, idealistas ó panteistas, y por ello conceptuamos que con ella como con una brújula podemos, bien entendida y aplicada, bien estudiada y expresada, surcar sin naufragios, en el alto mar social de las agitaciones y convulsiones de nuestros tiempos.

JOAQUIN M. DE MONER.

UN DIPLOMÁTICO EN TONG-TCHU-FU,

POR MÉRY.

(TRADUCCION LIBRE DEL FRANCÉS.)

Si el universo conociera la deliciosa ciudad de Tong-tchu-fu, se abandonaría á sí mismo y marcharía á establecerse en ella.

Nada hay en el Celeste Imperio comparable con Tong-tchu-fu, ni Canton, la ciudad mercantil; ni Pekin, la ciudad santa; ni Zhé-hol, la ciudad tártara; ni Lin-sin-chu, la ciudad religiosa, que tiene una pagoda de nueve pisos y se baña en las orillas del Yun-leang-ho. Hay un proverbio chino que dice: *El paraíso está en los cielos, pero Tong-tchu-fu está en la tierra.* Con esto está dicho todo; porque si un proverbio es en cualquiera parte una sentencia humana, en China es la palabra de Dios. Cuando se llega á Tong-tchu-fu, bien por el rio Amarillo, bien por el Pei-ho, bien por el Gran Canal Imperial, ningun espectáculo tan maravilloso hay en la tierra como el que ofrece esta ciudad. Pero ¡ay! nadie ha visitado nunca á Tong-tchu-fu, excepto lord Macartney, el misionero Lecomte, M. Huttner y lord Amhurst.

Este paraíso chinesco está situado á los treinta grados de latitud. Los mandarines retirados, los ministros cesantes, los negociantes enriquecidos, abandonan á Pekin y Zhé-hol á cambio de la muelle y voluptuosa residencia de Tong-tchu-fu. Parece su campiña una inmensa tapicería china, cuyos bordes son los dos horizontes. Vistas de lejos, las mismas montañas parecen bordadas por las agujas de las más hábiles obreras del palacio imperial de Yuen-min. Vedlas cubiertas de verde pompa y aterciopelado césped; sobre las diversas gradas de ese anfiteatro inmenso se elevan las pagodas, los conventos de lamas y las casas de recreo, dejando erguirse entre sus techos y cúpulas los es-

beltos penachos del algodouero rojo, la palmera y el áloe. Sobre los rios que surcan la llanura álzanse puentes que obedecen á todos los caprichos de los torrentes y siguen todas las vueltas y revueltas del Gran Canal. Sus arcos se cuentan por el número de leones que hay sobre los pilares. Estos animales, fantásticamente esculpidos, alegran el paisaje; por sus caras burlonas parece vagar una sonrisa humana, y de sus crines, rizadas elegantemente, diríase que han padecido bajo el poder de las tenacillas de algun peluquero. ¡Ved cómo insultan los chinos la magestad de los leones! En el lindero de los arrabales véanse encantadoras casas, tales como nos las muestran aquí en Europa las pantallas y abanicos, formando series de kioscos, ligeros como jaulas de pájaros y unidos entre sí por galerías de aéreos enrejados ó acueductos de bambú. Las puertas se abren sobre puentes semiaéreos que atraviesan lagos en miniatura, cuyas tranquilas aguas casi desaparecen bajo los pétalos del flotante *lien-was*, la flor sagrada. Una multitud de arbolillos, llamados por su naturaleza á mayor crecimiento y desarrollo y condenados por el arte de los jardineros chinos á permanecer en estado de vegetales enanos, crúzanse y se mezclan caprichosamente á orillas del agua, gozando al mediodía de la deliciosa sombra que les prestan los quitasoles de sus amos. En estos vergeles no se escucha más ruido que el agudo canto del *leu-tsé*, el pájaro pescador que roza los estanques con sus alas y descubre su presa bajo las flotantes hojas del nenúfar.

Después de esta frívola introduccion, llegaremos por fin á una triste realidad, historia verdadera que encierra una gran enseñanza.

Era el día veintidos de Setiembre de mil ochocientos veintitantos, y una muchedumbre inmensa habia acudido al templo de *Tshinn-ta-kwann-nim* (la verdaderamente grande y deslumbradora luz). Todos los relojes señalaban las doce, tocando durante una hora, á todo lo largo de la calle de Wham-ho; los bailarines en la cuerda floja, los jugadores de manos, los juglares, los vendedores de gatos y los músicos rabiosos mezclaban sus agudos gritos en í á las extravagantes sonatas de los relojes; rompíanse palillos sobre el *lo* nacional; arañábanse hojas de bronce con garfios de acero; se sacudían bolas de metal llenas de vidrios rotos; se disparaban fuegos artificiales en pleno día; en una palabra, la ciudad de Tong-tchu-fu mostrábase más loca que de costumbre, porque asistía á un gran acontecimiento: lord Witmore desembarcaba delante del palacio del ministro de Tsin. Desde lord Macartney y lord Amhurst, el rio Amarillo no habia llevado un solo europeo á la gran ciudad, paraíso de los chinos.

Lord Witmore tenía cincuenta y dos años de edad. Disfrutaba en el Ministerio de Negocios Extranjeros (Foreing-Office) gran reputacion de experiencia y sagacidad diplomáticas. Lord Bathurst solia decir: «Si yo no fuera yo, quisiera ser lord Witmore.» ¡Y apenas era espíritu intrigante el de aquel bendito lord Bathurst!—¿Cuál era la mision de lord Witmore? Doble, como todas las misiones diplomáticas, en apariencia iba á cumplimentar al feliz sucesor de Tsien-long, en realidad iba á sondear ese estanque inmenso donde se encenagan trescientos millones de chinos. Iba á abrir brecha en ese planeta parásito pegado á la tierra, tanteando sus puntos vulnerables para las eventualidades de cualquier *casus belli* del porvenir.

De los mismos lábios del difunto Tsien-long habia el nuevo emperador recogido la idea del escaso provecho que al Celeste Imperio habian reportado las visitas de Macartney y Amhurst. Por consiguiente, la llegada de lord Witmore le alarmó; pero, demasiado astuto ó demasiado chino para oponerse violentamente á las exploraciones de un agente inglés, or-

ganizó en consejo secreto de ministros una tenebrosa trama, de éxito infalible, como todos los planes combinados en el palacio de Zhé-hol.

Países hay en el mundo donde se desembarazan de los espías oficiales por medio de repugnantes procedimientos: cítanse embajadores muertos en emboscadas y cuyo asesinato se ha atribuido á los ladrones del camino real; otros han perecido en las cacerías régias por haber cambiado de direccion el tiro destinado á un ciervo ó un jabalí; otros no han podido sobrevivir á los excesos gastronómicos de un festin cuyos manjares habian sido sábiamente preparados por algun alquimista. Los chinos desconocen estos métodos; además, las leyes de Li-ki y de Manú les mandan respetar la vida humana y no derramar ni hacer derramar la sangre de los hombres, y los chinos son esclavos de sus códigos religiosos.

Lord Witmore estaba, por otra parte, perfectamente tranquilo. Jamás le perturbaba la menor aprension cuando comía un plato de *lien-was* ó una entrada de yemas de fresno, ó cuando bebía una taza de la flor de té llamada *cha-ouan*. Así es que, en el centro de la China, lord Witmore se creía en pleno Londres. El palacio del ministro Tsin ofrecíale tantas garantías de seguridad como su oficina del melancólico jardin de White-Hall.

Esta era la primera noche de reposo de lord Witmore. Desde que entró en el rio Amarillo no había gustado las delicias de un buen colchon; ni en la provincia de Shang-tung, ni en las orillas del lago Eming, rodeado por las montañas Azules, ni en la hermosa ciudad de Ban-pin-sien, tan pintorescamente situada en la margen izquierda del Canal Imperial.

El ministro, que en su palacio de Tong-tchu-fu daba al diplomático inglés la más dulce de las hospitalidades, deseó un buen sueño á su huésped, recitándole cuatro versos chinos, y lord Witmore, despues de haberse bebido un buen vaso de cierto cocimiento de nenúfar, se metió en la cama recreándose con la consoladora idea de que por fin iba á dormir diez horas de un tirón en tierra firme.

Ya el dulce sueño descendía sobre sus párpados cuando el preludio de una serenata dejöse oír á la puerta del palacio. En China, cuando se dá una serenata á un gran señor, está obligado el que la recibe á salir al balcon y aplaudir de cuarto en cuarto de hora, elevando sus dedos índices á la altura de las orejas y sacudiendo indolentemente la cabeza de derecha á izquierda. Lord Witmore, esclavo de la etiqueta extranjera, como todo buen diplomático debe serlo, se levantó, se vistió, se puso los guantes y presentóse en el balcon de su cuarto. La orquesta china inundaba la calle con un torrente de desatinadas armonías. El conservatorio de Tong-tchu-fu había recogido en las pagodas todos los instrumentos de devastacion auricular; el *yut-komm* de dos cuerdas y arco de crines; el *r'jeun* siempre ronco; el *tsu-ku* que se toca con una vara de madera; las ágrias flautas de bambú; el *bin* y el *sitar*, tomados de la India. Esta explosion infernal, este volcan de notas agudas, iba acompañado del coro de chillidos de una muchedumbre de chicuelos. Semejante diluvio de invisibles hojas de acero atravesaba el chaleco de franela inglesa de lord Witmore y desgarraba su epidermis de embajador con gozosa crueldad.

Una de las recomendaciones expresas de lord Bathurst era esta:

—Mi querido Witmore, en China no os asombreis por cosa alguna; tomad la divisa de vuestro pariente Bolingbroke: *Nihil admirari*; aceptadlo todo como cosa natural; ved, oid y no os quejeis de nada.

Lord Witmore, obediente soldado del gran ejército

diplomático, habia resuelto atenerse á la consigna aún en toda extremidad.

Escuchó la serenata hasta su última nota, y ya iba á retirarse, cuando aparecieron delante de sus balcones cincuenta piezas de fuegos artificiales salidas de los talleres de Pche-li, el primer pirotécnico de Zhé-hol.

—Despues de todo, se decía á sí mismo lord Witmore, se me recibe con los honores debidos á un embajador, se me trata como quien soy. ¿Por qué me he de quejar? Verdad es que agradecería muchísimo más estas lisonjeras demostraciones si ántes hubiera echado un buen sueño.

Dos horas duraron los fuegos artificiales, y á su conclusion se quemó una pieza magnífica que representaba el eclipse de la luna atacada por un dragon azul. Una salva de más de mil cohetes festejó la victoria de la luna sobre su eterno enemigo.

El silencio, es decir, un regular tumulto reinó en la calle despues de la serenata y los fuegos artificiales. Lord Witmore cerró las maderas del balcon, apagó los cartuchos de los voladores introducidos en su cuarto como favor insigne, y volvió á meterse en la cama para curar por medio del sueño las heridas de su epidermis y calmar la agitacion de su sangre.

El relojero Cox, de Londres, es á su vez uno de los azotes de la China; allí no se encuentra un palacio donde no haya un reloj de Cox con música. Un chino daría todas sus mujeres por un tesoro semejante. El reloj del ministro Tsin era famoso en Tong-tchu-fu; una pícaro casualidad lo habia colocado en el cuarto de lord Witmore.

Empezó el reloj á marcar las doce de la noche. Cox no es solamente un mecánico incomparable; es tambien un poeta, un filósofo, un pensador. A cada hora dá una fisonomía particular, y se guardaria muy bien de hacer hablar á la media noche como al mediodía. Nada tan alegre como la sinfonía de las doce de la mañana; el timbre envía al sol en su cénit un haz melodioso de notas de oro, pero á las doce de la noche... ¡oh, el caso es muy distinto, desde el punto de vista del relojero Cox....!

Lord Witmore se convenció de esta verdad á costa de su sueño. Por de pronto, el reloj tocó diez golpes lúgubres y lentos, acompañados de suspiros de noches de Young y de graznidos de quebranta-huesos; á cada golpe, parecia que el reloj iba á perder la vida, como un ser humano, y el golpe siguiente llegaba tan tarde, que se hubiera dicho que el mecanismo acababa de romperse, despues de un último esfuerzo de sus pulmones de cobre.

Era la una de la madrugada cuando el reloj acabó de anunciar las doce de la noche. Doce veces intentó lord Witmore levantarse del lecho y destruir el ingenioso artefacto de Cox; pero la consigna de lord Bathurst le detuvo. El eco repitió en la alcoba durante un rato el *tremolo* quejumbroso y metálico del último golpe.

—¡Al fin, dijo el diplomático, voy á dormir! Gracias á Dios que esto ha concluido.

Pero en los relojes de Cox los doce golpes de media noche no son más que accesorios; en rigor pueden considerarse como el preludio ó sinfonía en doce tiempos del gran drama lírico organizado por medio de resortes maravillosos. Cox no toma las cosas como un relojero vulgar; esto, que es sabido de todo Londres, no lo supo lord Witmore hasta que pretendió dormir en el palacio del ministro Tsin. Notas estridentes, llenas de lágrimas y gemidos, repercutieron en las lacas, porcelanas y esmaltes de aquella sonora habitacion. El reloj entonó el himno de Lutero, puesto en música por Haendel: *Great God, what doo I see and hear?* Lutero en sus himnos y Haendel en su música

no pecan por la brevedad; Cox, por su parte, se ha guardado muy bien de que la voz de sus relojes suprima una sílaba ni una nota. Lord Witmore pegó un salto involuntario al oír el grito desgarrador que dió el reloj, despues de este primer verso: ¡Gran Dios! ¿Qué es lo que veo y lo que escucho? Este verso terrible lo repitió seis veces el reloj, y á cada repetición sonaba el grito, cada vez más lastimero y lamentable....

Hermoso trabajo musical era este, y el mismo lord Witmore lo hubiera admirado al mediodía; pero á semejantes horas de la madrugada, el noble viajero, bufando de ira, masculló entre sus dientes los juramentos todos é interjecciones más enérgicas del idioma inglés, y se sentó sobre la cama. Alargó sus dos puños hácia el reloj, y esta vez parece de fijo la obra de Cox, si el temor de causar un disgusto á lord Bathurst y el de violar el derecho de gentes no hubieran detenido al pobre diplomático, obligándole de nuevo á meter sus brazos entre sábanas.

El reloj seguía su marcha como si tal cosa, modulando en todos los tonos la interminable lamentación de Haendel: *Sine fine dicentem*; al principio parecía complacerse melancólicamente en sus fúnebres *andantes*, pero en seguida salía del letargo de una melopea destilada gota á gota y estallaba en formidables unisonos de trompetería, como si el conservatorio del valle de Josafat diera un ensayo general en la alcoba del ministro chino. Cuando el reloj cesó de anunciar la media noche eran ya las tres de la mañana. Entónces dulcificó sus tonos el singular artefacto y celebró la próxima venida de la aurora: cantó una deliciosa pastoral, simuló los toques de flautas y zampoñas, los aéreos conciertos de las aves, el canto del gallo y los campesinos, el murmullo de los arroyos, los rumores de la selva, los balidos de las ovejuelas, todas las armonías humanas y celestes que preceden y acompañan la salida del sol.

(Se continuará.)

LA REINA LOCA. (1)

Año mil quinientos seis:
el paraje, Torquemada,
noche fría, campo raso,
poca gente y mucha calma.
Rompe la densa tiniebla
el brillo de una fogata,
y alrededor de la lumbre
hay caballeros y damas.
Aquellos están de pié,
éstas, delante, sentadas,
y no léjos de este grupo
ocho soldados de guardia.
Otro grupo, iluminado
por amarillentas hachas,
á la izquierda del primero,
fantástico se destaca.
Dos frailes encapuchados,
de faz noble y luenga barba,
el oficio de difuntos
van repasando en voz baja.
Un túmulo de madera
sobre la tierra descansa,
y sobre el túmulo un féretro
guarnecido de oro y plata.
De pié, silenciosa, muda,
con una mano apoyada

en el ataud, la frente
llena de nubes, el alma
puesta con los tristes ojos
sobre aquella triste caja,
una mujer, centinela
de sus desdichas amargas,
aparece ante la vista,
rígida como una estatua.
¿Qué significa este cuadro?
¿Qué la comitiva rara
que desafía en Diciembre
los vientos y las escarchas?
¿Qué caballeros son esos?
¿Qué las hembras de prosapia
que alrededor de una hoguera
las noches de invierno pasan?
¿Quién es la triste matrona
que junto al túmulo se halla?
¿Cuyo es el cadáver yerto
que el pomposo ataud guarda?
Son damas y altos señores
de la córte castellana,
un archiduque difunto
y una reina atribulada,
el rey FELIPE EL HERMOSO
y su esposa DOÑA JUANA.
—¿De dónde viene el cortejo?
—De Búrgos.—¡Gran caminata!
¿Y á dónde el paso dirige?
—A la ciudad de Granada;
pues para el régio cadáver
en su basilica santa
marmórea sepultura
famosos cinceles labran.
—¿Y por qué la comitiva
tan cerca de techo acampa,
y del rigor de la noche
bajo el techo no se ampara?
—¡Porque el próximo convento
abriga tocas y faldas,
y hasta de las mismas monjas
está la reina encelada!
Fué Don Felipe el *Hermoso*,
en Flandes y en Alemania,
algun tanto mujeriego
y amigo de cortesanas.
Y también cuentan y dicen
que la princesa de España
hubo de perder el juicio
al verse menospreciada.
—¿Pero estando muerto...?—Estando
como está, teme que salga
del ataud que lo encierra
al fuego de una mirada.
¡La locura de los celos
ni con la muerte se aplaca!
Vedla si nó, siempre triste,
siempre muda y desolada,
ni un sólo instante, ni un punto
del féretro se separa.
¡Allí yace en sueño eterno
el talisman de su alma,
el encanto de su vida,
la clavé de su esperanza!
¡Allí el corazón reside
de la infeliz Doña Juana,
entre balsámicas flores
y entre primorosas galas!
Cualquiera, al verla de noche
en el túmulo apoyada,
la tomaría por sauce
de melancólicas ramas.
¡Cualquiera, al verla en el féretro,

(1) El precioso romance que insertamos, original de uno de los poetas que más honran la tierra de Aragón, está inspirado por el célebre cuadro de Pradilla y forma parte del *Novísimo Romancero Español* que publica el editor madrileño D. Gregorio Estrada.

pensaría que miraba
á la imagen del dolor
en negro mármol tallada!

.....
Y la noche trascurría,
y el crepúsculo avanzaba,
y en el blanquecino Oriente
iba despuntando el alba.
Chisporroteaba el fuego,
y se extinguía la llama,
y se apagaba la hoguera
y se corrían las hachas.
Y mientras tanto el cortejo,
al humo de la fogata,
tembloroso y aterido
el sueño descabezaba.
Mas ella... ¡siempre de pié!
Como una roca clavada,
ni á la fatiga se rinde,
ni á los frios se acobarda.
Porque es la intensa pasión
que sus potencias embarga,
ante el sufrimiento, hierro,
y diamante en la constancia.
Porque estando como está,
loca de amor rematada,
ni descansa cuando duerme
ni duerme cuando descansa.

.....
Amaneció sin celajes
el astro de la mañana,
y el funerario cortejo
se puso por fin en marcha.
En el convento vecino
las religiosas oraban,
y entristecía los aires
el doblar de las campanas.
Y con profundo silencio
y con devoción cristiana,
levantó la gente el campo...
y se perdió en lontananza.
Que así pasaron la noche,
según la historia relata,
camino de Andalucía,
muy cerca de Torquemada,
el rey FELIPE EL HERMOSO
y la reina DOÑA JUANA.

MÁRCOS ZAPATA.

LIBROS RECIBIDOS EN ESTA REDACCION.

LOS MAYOS, novela original de costumbres populares de la sierra de Albarracín, por el doctor D. Manuel Polo y Peyrolon, catedrático, abogado y correspondiente de la Real Academia de la Historia, con un prólogo del doctor D. Marcelino Menéndez Pelayo, catedrático de Literatura española en la Universidad Central.—Segunda edición: 202 páginas en 8.º prolongado.—Madrid; 1879.

Conocido ya muy ventajosamente en la república literaria el señor Polo y Peyrolon por sus deliciosos Cuadros de Costumbres de la Sierra de Albarracín, ha venido ahora á acrecentar su justa reputación la novelita á que hacemos referencia.

Con gusto escribiríamos la crítica de este nuevo libro de nuestro paisano; pero ya que con tanto acierto lo ha hecho el sábio y jóven crítico señor Menéndez Pelayo, cuyo prólogo tenemos á la vista, parécenos más oportuno copiar algunos de sus párrafos. Habla de las distinciones de que han sido objeto, tanto en España como en el extranjero, los libros de Trueba y Fernán Caballero, y prosigue así: «¿Y cómo no ha de suceder lo mismo con los escritos del Sr. Polo, que á las buenas cualidades de sus modelos, añade otras propias y peculiares suyas, y un desembarazo y una gracia por todo extremo dignos de loa?»

Rebosan los cuadros del autor que presento al público (aunque él no necesita de mí ni de nadie para ser bien recibido y admirado en todas partes) de sabor español, y sobre español aragonés, aunque de aquella parte de Aragón que participa un tanto de las costumbres valencianas. No falsifica por empeño de idealizarlos, los usos popu-

lares, ni introduce arcádicos pastores, sino rústicos de carne y hueso. Los mismos tipos que por su delicadeza y elevación moral parecerían inverosímiles, si pluma ménos diestra los trazára, cual acontece, por ejemplo con *La tía Levítico* (heroína del mejor cuento del Sr. Polo) tienen entera y perfecta vida en la fantasía de los lectores, gracias á la habilidad del narrador.»

Más adelante añade: «Volvamos á *Los Mayos* del Sr. Polo y Peyrolon, novelita de oro á la cual sirve de motivo aquella poética costumbre, heredada de griegos y romanos (como tantas otras cosas buenas), de enramar los novios las puertas de sus amadas, y cantar á la alborada en ritmo más ó ménos armonioso, pero siempre grato á los virginales oídos. Costumbre es esta muchas veces recordada por nuestros clásicos, puesta en escena por Cervántes en su comedia *Pedro de Urdemalas*, pero en estos tiempos olvidada ya en muchas de las comarcas españolas, aunque por testimonio de Fernán Caballero sabemos que se conserva en Andalucía, y por el cuento del Sr. Polo se vé que dura asimismo en la sierra albarracinesa, con muy raros y curiosos pormenores.

«Sería necedad grande que yo me pusiera á referir el argumento de *Los Mayos*, cuando el lector vá á leerlos á continuación, y cuando, por otra parte, el interés de esta novelilla no está (ni ha querido el autor que estuviera) en lo complicado y sorprendente de la fábula, sino en la fidelidad de la pintura y en las galas del estilo. Excuso decir que *Los Mayos* es una historia de amor: *Cui non dictus Hylas puer?* y el Sr. Polo, con ser tan timorato, no rechaza este tan natural recurso artístico.

«Pero los amores de su libro son tan castos y ajustados á la ley de Dios, que por sabido y evidente debiéramos callar aquí aquello de *la mere en permettra la lecture a sa fille*, etiqueta, por otra parte, gastada y hasta sospechosa.

«Digo, pues, que de amores trata el libro, como que andan en él un muchacho y una garrida moza, que se perecen el uno por el otro, aunque los padres tienen allá sus enemistades, ni más ni ménos que Castelvinos y Monteses en la tragedia de Shakespeare. Ya calculará el lector si habrá interés dramático en el libro del Sr. Polo, á pesar de su sencillez.

«Si cuadros de costumbres quiere admirar el prójimo en cuyas manos caiga este volúmen, abra el libro por el capítulo vi, y solácese con el juicio de *faltas*, que es de lo bueno en su clase, y trae á la memoria otra escena parecida que describe Pereda en el *Suam cuique*. O siga leyendo y encontrará el sorteo de Mayas, ó dará de manos á boca con lozanas y floridísimas descripciones de regocijos y festejos, á todo lo cual se une la viveza, animación y soltura de los diálogos.

«El Sr. Polo maneja la lengua con envidiable maestría, no es incorrecto como Fernán Caballero, y cuando se atreve á ser intencionado y malicioso lo hace de perlas.»

No copiamos más de este prólogo, porque lo dicho basta para que nuestros lectores formen cabal idea de la novelita del Sr. Polo, que es en verdad por todo extremo digna del favorable juicio y elegantes frases con que la presenta al público el distinguido prologuista.

Siga por tan buen camino el Sr. Polo, que no le escaseará la suerte sus favores más selectos. Sólo quisiéramos una cosa: que no redujera el jóven novelista aragonés sus probadas fuerzas á los ceñidos límites de los tipos y costumbres exclusivamente populares. Lleve el Sr. Polo su penetrante espíritu de observación á otras esferas; levante y amplíe un poco más sus sanas tendencias *naturalistas*—como ahora se dice,—sin contraerlas á determinadas cosas y personas, y los aplausos que merece serán más generales, revestirán mayor importancia sus escritos y adquirirán las armas de su ingenio temple más fino y filos más agudos. Nos congratularíamos de que así lo entendiera el Sr. Polo y Peyrolon.—C.

HIDROLOGÍA MÉDICA.—TRATAMIENTO HIDRO-MINERAL DE LAS ENFERMEDADES SIFILÍTICAS, Memoria escrita por el Licenciado D. Gumerindo Fernández de Velasco.—Un volúmen de 178 páginas en 4.º—Zaragoza, tipografía de Mariano Salas, 1879.

Coincidiendo con las apreciaciones de uno de los más distinguidos higienistas de Madrid, nos decía no há mucho, á propósito de este libro, otro profesor en la ciencia de curar, cuyo nombre no revelamos por temor de herir su delicada susceptibilidad: «Después de leída la Memoria que, con modestia verdaderamente laudable, confiesa su autor que ha sido escrita para un concurso sin obtener la satisfactoria distinción á que aspiraba, aparte del favorable concepto que de las dotes didácticas y del singular dominio del asunto que el Sr. Fernández de Velasco demuestra en su razonada exposición, filosófico método y atinadas observaciones, he sentido una vivísima curiosidad, que Dios mediante satisfará, por conocer las seis memorias que el respetable fallo del Jurado ha estimado merecedoras de las plazas á que se certaba.» Y nosotros, conocedores del seguro criterio de nuestro amigo, entendemos que es muy legítima su curiosidad, porque si tales condiciones de acierto se observan en la Memoria del Sr. Fernández de Velasco, necesariamente han de ser las premiadas verdaderos *chefs d'œuvre*, como dicen los franceses; aunque dudamos que para nosotros sean tan inteligibles como esta, cuya lectura nos ha proporcionado conocimientos que no creíamos asequibles á nuestra profanidad.—M.